

PABLO CARRIEDO CASTRO, *LA FUERZA DEL DESALIENTO: ÁNGEL GONZÁLEZ Y LA POESÍA DEL MEDIO SIGLO*, MADRID, ENSAYO 28, DEVENIR, 2016, 574 PP.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

La editora madrileña Devenir, que dirige el poeta Juan Pastor, merece todo el reconocimiento al mérito, al esfuerzo y al riesgo de editar, además de una bien conocida y acreditada colección de libros de poesía, un tipo de estudios monográficos tan interesantes como de muy complicada salida comercial. Se trata de trabajos de investigación que en su mayor parte versan sobre poetas españoles contemporáneos. Y suele ocurrir que esos volúmenes, muy bien editados, son y se convierten en títulos de referencia. Este es y va a ser el caso de esa extensa obra que casi roza las seiscientas páginas y ha sido elaborada por Pablo Carriedo Castro, quien le antepuso una titulación que ya en sí misma invita a reflexionar y que, al leer el libro, comprobamos que su significado está en consonancia con cuanto se desarrolla y se desprende de él:

La fuerza del desaliento: Ángel González y la poesía del medio siglo.

Pablo Carriedo Castro es un docente universitario leonés del que ya habíamos leído algunos artículos especializados muy valiosos y un estudio muy digno, aparecido en forma de libro, sobre un extraordinario poeta exiliado del 27. Hacemos referencia a *Pedro Garfias y la poesía de la guerra civil española*, que editó la Universidad de León el año 2003. Pero en esta segunda monografía suya su madurez como investigador ha alcanzado una cota ya muy destacada, realizando con esta publicación un aporte crucial para el conocimiento de la trayectoria poética de Ángel González, así como el de su época y en concreto también sobre el concepto de compromiso en la literatura y sobre la evolución del mismo en la posguerra

española y en las décadas sucesivas.

El reto de elaborar una monografía sobre Ángel González no era sencillo, porque el asturiano ha sido uno de los poetas más leídos y estudiados de la llamada promoción de los años cincuenta, que es a la que la crítica ha prestado más atención en los últimos lustros. Pero Pablo Carriedo Castro, tras ardua documentación, supo encontrar una vertiente sobre dicho autor que estaba poco atendida: la de contextualizar de manera tan rigurosa como ponderada sus diferentes libros en las circunstancias personales, societarias y políticas entre las que cada entrega poética se fue confeccionando y apareciendo.

Plantear su aporte desde esa perspectiva ha garantizado unos resultados muy sustanciosos. Y los ha garantizado porque los avalan no solo los saberes literarios de este joven investigador, sino también por su extraordinario interés en la historia. Este interés, que podría traducirse asimismo como pasión, le pudo conducir a decantarse por una metodología heurística que no le permite valorar las creaciones literarias sin atender, además de a las coordenadas artísticas y culturales legadas por la tradición y las coetáneas en las que se inscribe, a los factores concurrentes en los respectivos ámbitos sociopolíticos. Bien distinto es, por tanto, ese sumergirse concienzudo en las complejidades dialécticas de la historia que esas pinceladas de historicismo superficial que se trazan como para

cumplimentar un expediente forzado y enfadoso con el que tantas veces vemos que se procura el encuadre en su tiempo, obviamente sin conseguirlo, de los diferentes poetas que se estudian.

Clave en este libro es ir exponiendo, a través de la obra poética de Ángel González, comenzada en 1956 con *Áspero mundo* y que culminó con el póstumo *Nada grave* (2008), la evolución histórica del concepto de compromiso. Esta tarea era necesaria donde las haya, porque ha sucedido muy a menudo que la idea de compromiso se ha fosilizado como si consistiese en una foto fija siempre igual a sí misma y localizada en unos años concretos. Y en modo alguno es así, como demuestra Pablo Carriedo Castro, que explica el origen de esta noción de compromiso como una consecuencia de la filosofía existencialista y de las propuestas del realismo aparecidas tras la segunda guerra mundial. Después, irá mostrando, al compás de su estudio de la obra de Ángel González, como el compromiso poético desembocará en el autor asturiano en una literatura en la que ya no se hace referencia al sujeto social.

Recuerda Pablo Carriedo Castro que el tipo de compromiso asociado a la poesía española de la posguerra inmediata y que Gabriel Celaya representó por antonomasia en aquella encrucijada, entra en crisis a medida que los años cincuenta tocan a su fin. En concreto a partir de 1957 se fomenta desde Barcelona una nueva poesía de carácter realista en la que el yo

es un personaje social e histórico cuyo compromiso se manifiesta por medio de una emotividad y empatía solidarias. La poesía de Ángel González de los inicios de los años sesenta, en la que el escritor dará a la estampa dos conjuntos, *Sin esperanza, con convencimiento* (1961) y *Grado elemental* (1962), se atiene mayormente a esta perspectiva, y no va a descomponerse la «ideología poética comprometida» (p. 368) con la entrega siguiente, *Palabra sobre palabra* (1965). En este libro se refleja un retorno a la intimidad, a las problemáticas de representación del yo, así como a las que atañen al significado de la palabra poética. En el mismo año en que se publica este libro apreciaba Gil de Biedma la progresiva descomposición de la oposición intelectual, mientras en la cultura coetánea se iba abriendo paso una visión del arte en consonancia con el capitalismo avanzado, la que representan en poesía los «novísimos».

Bajo la óptica de la poética antedicha hay que entender la lectura recontextualizada que hace Ángel González de aquella afirmación celayana aseverando que la poesía es un arma cargada de futuro, un instrumento transformador del mundo. Para el poeta de Oviedo, aunque la poesía no pueda derribar un régimen político, sí le es dada la transformación del mundo, pero en el sentido de que puede contribuir a que cambie nuestra visión de las cosas. Y si la poesía logra tal alteración, entonces «el mundo queda de alguna manera alterado». (p. 400). Sutil cautela la del uso,

anoto, del recurso al comodín adverbial «de alguna manera», que sirve al poeta para salir airoso de una problemática de tanto calado, así como para justificar su propia evolución poética.

Para Carriedo Castro, en la poesía de Ángel González nunca se impone una visión unilateral de la realidad, y tampoco se fuerza a los lectores a que asuman la aventura del poeta, cuyos versos no se dirigen propiamente a una colectividad, sino a cada individuo lector.

En 1967 aparece *Tratado de urbanismo*. El personaje que recorre esta obra es un anti-héroe que vive en contradicción con la realidad que le rodea, y a la que mira y observa con distanciamiento. Ángel González llegará a romper el consensuado código de representación social-realista y su crítica de las cosas va a depender sobre todo del conocimiento y de la experiencia de las mismas que tengan los lectores. En los libros de los setenta y ochenta, de los que recuerdo aquí dos, *Procedimientos narrativos* (1972) y *Prosemas o menos* (1985), y como más arriba se anticipó, el escritor ya no focaliza a un sujeto poético de índole social, sino a un sujeto ético que subyacía en ese mismo sujeto societario. Y es que, según Carriedo Castro, el realismo crítico plasmado en su obra literaria por Ángel González había sido una de las variaciones posibles de la idea de compromiso. Fue en su momento la denuncia poética de una historia moralmente intolerable, una denuncia que acabará siendo el testimonio de una experiencia íntima a la luz de esa historia.